

Hacia un Mundo Nuevo

Ultima Obra del P. Lombardi

LA PERSONALIDAD DEL P. LOMBARDI

El 21 de setiembre de 1949 llegaba el P. Lombardi a Montreal, donde en la misma tarde daba su primera conferencia ante un numeroso y escogido auditorio. Luego contaba sencillamente cómo empezó el trabajo de sus conferencias en las universidades de Italia.

Venidos los desastres de la guerra, Jesús le inspiró —y pronunciaba el nombre divino con mucha unción— que saliera a llevar por los teatros de los países el mensaje de consolación cristiana. Las conferencias fueron adquiriendo tal desarrollo que los salones más capaces resultaban pequeños, viéndose en la obligación de hablar en las plazas públicas. También las plazas resultaron pequeñas, y empezó a comunicar entre sí varias iglesias, por medio del teléfono, para poder hablar simultáneamente al pueblo que se encontraba reunido en muchos templos. Llegó a reunir auditorios de 200.000 y 300.000 personas. En 1949 fué invitado a salir de Italia a Viena, París, Bélgica, Estados Unidos, Canadá, Austria, Alemania, Suiza, Holanda.

El P. Lombardi anuncia con tanta sencillez como autoridad un mundo nuevo: la era de Jesús! Se trata, quizás, de un caso de magnetismo que se desprende de la extraordinaria personalidad del orador? No hay algo más en esa voz que recorre el mundo entero? El 22 de mayo de 1950 habló en plena zona roja de Berlín, bajo la vigilante protección de los centinelas comunistas que aseguraban el orden. En el mes de diciembre del mismo año predicó una misión a toda Italia. A la puerta de 24.000 iglesias parroquiales podía leerse la misma invitación que hacía la Acción Católica Italiana para oír la palabra del P. Lombardi. Y en todas partes se oyó la misión. No es fácil calcular con exactitud el número de millones de personas que siguieron las predicaciones. Pero sí se sabe que unos diez millones de comuniones se distribuyeron en el día de la clausura de la misión.

Varias veces ha recibido el P. Lombardi manifestaciones de aprobación por parte del mismo Papa Pío XII. Durante la *Cruzada de la Bondad*, predicada simultáneamente en 200 iglesias, explicó claramente a los diversos sectores que le escuchaban sus propios deberes: de niños, madres, obreros, muchachos, muchachas, artistas, empleados, universitarios, magistrados, abogados, profesores, seminaristas, religiosos, sacerdotes, políticos. Al final de la cruzada desfiló desde Santa María la Mayor hasta San Pedro, la más variada procesión religiosa de la historia, llevando la

Imagen de la Santísima Virgen. El Papa iba delante y, además, en las tres tardes consecutivas él mismo rezó el rosario desde su habitación uniéndose por la radio a cuantos le escuchaban en la basílica, en la plaza. Así se colocó el Jefe de la Cristiandad a la cabeza de la *Cruzada de la Bondad*. En la noche del 7 al 8 de diciembre, al final de la misión predicada a las 24.000 iglesias de Italia, mientras se reunían en ellas millones de hombres, el Papa quiso celebrar su misa juntándose por radio a las de millares de sacerdotes que la decían en aquella misma hora. De esta manera el Papa aprobaba con su participación personal la obra y doctrina del P. Lombardi.

EL LIBRO

Ha aparecido en abril de este año en Roma, y para agosto tenía ya cinco ediciones. Consta de 716 páginas. Se ha traducido inmediatamente a diferentes lenguas. El libro es de lo más impresionante, sin que se observe en él el menor rasgo de presunción o vanidad. Es el eco de una voz que trasmite un mensaje, el mensaje de Jesús. Esto es todo; pero, desde hace muchos siglos, no se ha visto cosa tan extraordinaria. Necesariamente tiene que hablar mucho de sí mismo, para asentar sus títulos de credibilidad, para explicar lo que él llama la audacia de dirigirse al mundo entero. Por lo demás, ni una impresión de inquietud, ni vestigios de vacilación. Pero sí se siente una tremenda agitación que produce el mensaje.

En el término de seis años se ha agigantado la figura del P. Lombardi. Habrá alcanzado ya la estatura del mundo? Sería ello bien desacostumbrado y se debería ello no al cargo que desempeña el Padre, sino al mensaje que predica. Desecharle sin discusión sería inconcebible ligereza. Por otra parte él pide que se estudie su mensaje; y aunque se ponga uno en desacuerdo con él, pero que sea después de haberlo examinado. El P. Lombardi, con mucha modestia, exige imperiosamente que se le preste atención.

Consta de dos partes la obra. La primera es un análisis de la situación presente. Esta se halla en quiebra, pero en una quiebra que se descubre en todas las manifestaciones de la vida. Ha sido el abuso del humanismo sin Dios. Pero al mismo tiempo salta la esperanza, porque nunca el mundo habrá tenido tanta necesidad de Jesús como en este momento. "Pasa nuestra generación por un maravilloso momento histórico" (pág. 50). Mirando hacia atrás, describe las tres etapas de la historia moderna: *el estado liberal*, cuyos méritos en el orden material son incontestables, pero que produjo una intolerable desigualdad, la miseria de las masas y el enriquecimiento de unos pocos. Se planteó a las masas el ideal colectivista (1848) en el momento en que el liberalismo estaba en su apogeo. También éste tuvo sus méritos, pero a costa de la libertad: "Los amigos se convirtieron en espías, los hijos en acusadores; los hombres fueron suprimidos como si fueran hormigas; naciones enteras se entregaron a su destrucción. Ahora nos encontramos cogidos por ambas partes. Y es necesario salir del atolladero a una síntesis de libertad y solidaridad.

Examina las dos fuerzas que se reparten la humanidad: el bloque comunista y el que se le opone a él. Reconoce lo que hay de bueno en el uno y en el otro. Es absolutamente necesario que Jesús se interponga entre ambos, porque el abismo es infranqueable, la catástrofe inminente, sería ya el fin de la humanidad. Es necesario reconciliar el derecho de

propiedad y el derecho a la vida (pero a una vida decente!) de aquellos que no tienen propiedad; la autoridad con la libertad; el amor de la patria y la caridad para con los otros países; las naciones ricas y las naciones pobres. Al exceso de población debe reconocérsele el derecho de emigrar. Hay tanta miseria, tantas lágrimas, se ha sufrido tanto, que por todos los caminos se busca Jesús... Y describe esta aspiración universal: "La historia ha madurado ya para una gran experiencia colectiva de la vida cristiana, la tierra siente necesidad de los rayos del cielo" (p. 138).

Ante todo hay que reconstruir el amor, la gran víctima de la guerra. He aquí como describe sus injusticias, en uno de los capítulos más conmovedores: "Por un momento tuve miedo. Predicar a todos sus defectos! Hablar a todos sobre el deber! Pero Jesús continuó: "Adelante!" Y apostrofó a los ricos, y los pobres aplaudieron. "Pero Jesús me hizo enseguida oír en mi interior una nueva palabra: Ahora dí a los pobres sus defectos e injusticias". Y tocó su turno a los obreros, a los patronos, a los jefes, a los periodistas, a los sacerdotes. "Y Jesús me advirtió: también debes decir sus deficiencias a los sacerdotes". Siguen dos párrafos de evangélicos reproches: "Bajemos nuestras cabezas por nuestras faltas y por las de aquellos que nos han precedido, y en nuestra bondad las almas encontrarán a Jesús (pág. 136). Toca luego su vez a los no católicos: "Jesús les mira, su corazón está lleno de amor, pero también de inmensa tristeza. Y me parece que les dice en el fondo de sus corazones: Vuestros padres eran todos católicos. Por qué vosotros os habéis alejado? Durante siglos no hubo más que una Iglesia, la católica, la Iglesia única, mi Iglesia. Rusia, Alemania, Inglaterra, Escandinavia, Holanda, Suiza, Grecia, toda la cristiandad era católica. Por qué vosotros os habéis alejado? Y continúa Jesús con gran dulzura: No es vuestra la culpa, es de aquellos que ya no viven, pecado de príncipes y reyes, pecado de sacerdotes indignos. Mas vosotros, por qué vuestra fe ha de seguir siendo víctima de las pasiones? Todos vuestros antepasados fueron católicos, todos católicos, todos estuvieron en mi Iglesia, vosotros también deberíais estarlo. La división de la fe me ha desgarrado más que las llagas de mi pasión, y como las otras divisiones, ha llegado el cuerpo de la humanidad. Bajad también vosotros la cabeza y haced penitencia" (p. 157).

Tal es el tono de la predicación. En qué sentido han de entenderse estas tremendas expresiones: "Jesús me dice, Jesús me advierte, Jesús les dice, Jesús continúa?" De todas maneras el P. Lombardi llega a la convicción, constantemente repetida en toda esta primera parte con irresistible fuerza de afirmación, de que la era de Jesús está a las puertas. Indudablemente "el porvenir es un secreto de Dios" (pág. 35). Pero esta duda se disipa ante frases como éstas: "Se prepara un mundo nuevo, un orden verdaderamente nuevo y mejor en los planes próximos del Señor; ese plan divino está ya en marcha; y nosotros los hombres de hoy, si lo comprendemos bien y nos adherimos a él como Dios lo quiere, haremos cosas maravillosas por el bien de la humanidad. Digo en términos sencillos y concretos: yo creo que estoy viendo los acontecimientos desde una ventana privilegiada y por eso predico a gritos a mis hermanos lo que he podido ver" (p. 11).

Es esto una conclusión, o más bien una profecía? Lo que por lo menos podemos asegurar, para hablar con plena seguridad, es que el P. Lombardi ha procedido siempre por obediencia. Por otra parte estamos tan impreg-

nados de nuestro mundo materialista que el llamamiento del P. Lombardi no llega a producir en nosotros la conmoción debida.

Veamos lo que propone el P. Lombardi. Primeramente apela con palabras terribles a nuestra responsabilidad: "Desgraciados de nosotros si nos dormimos en esta hora en que la humanidad entera tiene necesidad de nosotros y está presta, consciente o inconscientemente, a recibirnos. En verdad que ésto sería traicionar a las almas y al plan de Dios".

Pasa revista a las fuerzas de la Iglesia, comenzando por su dirección suprema: el Papa, sus colaboradores inmediatos los Cardenales, las Congregaciones Romanas. Y lanza una idea nueva: un Senado del Mundo, compuesto de laicos (algún sacerdote singularmente competente, en un dominio determinado, podría ser admitido por excepción), laicos reclutados en todos los países, de fe probada, acordes en interpretar la vida humana como una preparación para la eternidad: periodistas, publicistas de todas clases, juristas, sociólogos, políticos, economistas, sabios, etc. Deberán reconocer a fondo la situación política, sin ser una institución política, y entonces el Senado del Mundo ejercería una influencia colosal. Hay problemas de dimensión mundial sobre los cuales hay que hablar muy alto y muy fuerte: el derecho a la vida de los pueblos sin recursos, una distribución más equitativa de los bienes de la tierra. Así los Senadores del Mundo llegarán a tener una enorme autoridad moral. Entre los organismos que habrán de apoyar su acción menciona una estación emisora que se escuchará en todas partes (y la cosa está en caminos de realizarse), una agencia de información universal.

Pone a las órdenes inmediatas del centro a 1.200.000 religiosos y religiosas que están ligados al Papa, su superior supremo, por el voto de obediencia. El Papa se servirá de los superiores de las respectivas comunidades y autorizará a los Obispos para intervenir en las casas de los religiosos que se hallan en su territorio, ya que los religiosos, en lo concerniente al ministerio, están dependientes de la autoridad episcopal. Son ellos, en fin, el arma espiritual del Papa, y el Papa cuenta con ellos para que llenen su cometido venciendo las pequeñeces y miserias que pudieran ofrecerse. Se ha visto, por otra parte, cómo el Papa recientemente convocó un Congreso con el fin de solventar esas dificultades y dar a las comunidades un impulso nuevo en la vida de apostolado moderno, sin que por eso dejen de permanecer fieles al esplendor de su vocación.

Dentro del plan nacional observa que no hay un jefe religioso para la nación entera, siendo evidentes los inconvenientes que acarrea esta situación. Existen no obstante las Conferencias Nacionales de Obispos, establecidas ya en numerosas naciones, y cuya utilidad y necesidad ha hecho ver el Papa en la *Menti Nostrae*. En algunos países esas Conferencias del Episcopado nombran una comisión permanente y comités especiales, para resolver los problemas a medida que van apareciendo en el país. Al lado de la Conferencia sugiere el Padre que haya una Consulta Nacional donde haya representaciones de las obras católicas importantes. La autoridad, es claro, quedaría exclusivamente en manos de los Obispos, los cuales tendrían la ventaja de haber hecho discutir los problemas nacionales por un consultorio competente antes de pronunciar sus decisiones. En el seno de la Consulta habrá un Ejecutivo, compuesto de algunas personas solamente, pero escogidas con gran cuidado, y que podrían poner inmediatamente en acción las fuerzas vivas del país; un religioso en

nombre de las comunidades religiosas, un dirigente nacional de la Acción Católica, un dirigente de las obras de caridad, etc. Se dará a dicho Comité la suficiente autoridad para que pueda, en caso dado, asumir la responsabilidad, sin tener que acudir siempre a la Asamblea General. Jamás se podrá elegir a nadie para recompensarle por sus servicios prestados, ni por otras consideraciones que no sean el cumplimiento del deber.

Al escoger esta clase de hombres, el P. Lombardi presenta el símil de una casa vieja y sólida, construída siglos ha, pero arreglada según el gusto de sus diversos habitantes: uno abre una puerta, otro construye un tabique, un tercero añade una escalera, un cuarto hace una habitación para enfermos, etc. Todas las mejoras han sido buenas; pero la casa se halla ya muy revuelta y complicada y se impone simplificarla (p. 369).

Hay que reorganizar la casa, es cierto, pero desde el interior de sus viejos muros, cuya solidez ha sido probada durante largos siglos. Antes de efectuar el nuevo plan, se hacen las preguntas del caso, sobre las necesidades fundamentales de los países en cuestión y sobre los medios con que se dispone. Se toma en cuenta la realidad toda y se hace el plan, distribuyendo las tareas más esenciales a las fuerzas más vivas y poderosas.

El plan diocesano tiene la ventaja de que todos los dirigentes se encuentran reunidos alrededor del jefe único, el Obispo, que amará por igual a todos los sectores de la actividad diocesana y les dará la unidad por medio de su acción personal. La descripción de este régimen paternal del Obispo es una de las más bellas páginas del P. Lombardi. Sugiere la creación de un Consultorio Diocesano, cuya composición puede variar según la diócesis, pero que agrupará las fuerzas vivas. Propone otros organismos análogos para las ciudades importantes que tienen muchas parroquias y no tienen Obispo, haciendo aquí el Vicario las veces del Obispo. Lo mismo que en el caso nacional, también en éste se habrán de investigar las diversas necesidades. Evitando entrar en mayores detalles, enumera las necesidades de la familia de Dios (p. 422-450), según los títulos siguientes: 1) Justicia social; 2) Caridad; 3) Verdad; 4) Vida de la gracia; 5) Formación del cristiano; 6) Obras por las vocaciones.

Entra luego al segundo punto que hay que tener en cuenta (p. 451-71), y comienza por descartar de la manera más enérgica toda envidia, como peste maldita, reconociendo que a todos se debe tener el más grande respeto y que cada uno es capaz de desempeñar un puesto de trabajo sumamente útil a la Iglesia y a las almas. Enumera los elementos disponibles: el clero secular y regular, las comunidades religiosas, la Acción Católica, las Congregaciones Marianas, los Oratorios, los Patronatos, el Apostolado de la Oración, las Confraternidades, las Terceras Ordenes... Agrega los bancos de católicos, las casas editoriales, los diarios, las revistas, escuelas, obras de caridad, agrupaciones de toda clase, siempre que sean buenas y sinceras... y aun los numerosos individuos que estando dispuestos a ser útiles, sin embargo no son amigos de someterse a ningún régimen. Y no excluye a los capitalistas y propietarios, ya que éstos, en igualdad de circunstancias, prefieren colocar su dinero en obras católicas antes que en otras. Si se llega a coordinar este inmenso capital, sin aprisionarlo en marcos demasiados estrechos, se tendrá en la mano una increíble fuente de energías.

Esto supuesto, puede ya emprenderse el plan de acción. Descríbese, como en grandioso mapa de ensayos, esta colaboración de todas las fuer-

zas cristianas en escala mundial, en la que los dirigentes se conocen todos (p. 561-77).

“Cuanto más se observa la sociedad de hoy y cuanto más se consideran las perspectivas que ante ella se abren, más se ve que las mayores esperanzas se fundan en la entera correspondencia de los sacerdotes a su sublime misión. El mundo debe rehacerse, los cuerpos sufren y piden auxilio, pero todavía se hallan más heridas las almas, aunque quizás ellas no se den cuenta. Dios es el que de tal manera ha ordenado las cosas que la humanidad venga a buscar en Jesús la curación de sus miembros enfermos, y de esta manera Jesús tiene la ocasión de acercarse a las almas y salvarlas de un grave peligro. Pero de qué manera concreta se presentará Jesús a aquellos que sufren en el cuerpo y en el alma, para cumplir sus designios de misericordia, sino a través del ministerio de los sacerdotes y, sobre todo, de los que tienen inmediatamente cura de almas?

Dentro del circuito de las parroquias y análogas circunscripciones del mundo viven los individuos todos del género humano. Que en cada parroquia haya un corazón sacerdotal íntimamente unido al Señor, pobre, puro y bueno, y que los dirigentes de las diversas agrupaciones se estrechen en torno a él, unidos por su prudencia y caridad en un solo esfuerzo. Ah! Entonces el mundo habrá alcanzado su salvación! (p. 577).

Hay tanto que escudriñar en este libro que se nos presenta como uno de los grandes acontecimientos del presente siglo. Jamás libro alguno nos había impresionado tanto. Nuestro juicio está lejos de pecar de exagerado, y estamos seguros de que dista mucho todavía de dar la medida de la obra. Por primera vez se nos ha propuesto un plan completo de acción: tan detallado que es imposible no comprenderlo, y tan flexible que deja margen amplio para todas las iniciativas.

Montreal, noviembre de 1951.

Joseph LEDIT, S. J.